



Manuel, Orlando y Humberto Vargas Serpa. Morote, a quien le debemos el rescate de esta foto, subraya el parecido de Manuel (primero de izquierda a derecha) con su sobrino Mario Vargas Llosa.

en un cuadro para nosotros con nuestro profundo agradecimiento. Si en algo le caló la personalidad y la historia de mi gran abuelo don Marcelino, quiero compartir

con Ud. la única foto que tenemos de él, de don Marcelino Vargas con sus 9 hijos y su esposa Constanza. La otra foto es de los 3 hijos hombres: Humberto (mi padre,



La portada de la flamante edición número 2 del libro de Morote.

sentado). Manuel (parado atrás, fue capellán de la Escuela Militar de Chorrillos y falleció en 2001) y el menor, Orlando (con el disfraz de vaquero). El parecido, en especial de Manuel con MVLL, salta a la vista.

Como anécdota contaré rápidamente lo siguiente: cuando por primera vez mi padre llegó a Lima se puso en contacto con sus medios hermanos, pero ocurrió que el menor de ellos, Ernesto (papá de MVLL), lo despreció tildándolo de cholo por venir de la sierra. Mi papá sacó su gen Vargas y, así como Ernesto Vargas dijo 'me cago en los Llosa', mi papá también mandó a la 'mierda' a Ernesto y ni más volvió a tener contacto con

Soy nieta de don Marcelino Vargas, abuelo también de Mario Vargas Llosa

él. Genio y figura hasta la sepultura dice un refrán, así son 'Los Vargas'.

Gracias mil, no existirán palabras de agradecimiento por esa defensoría férrea que hizo a mi familia, especialmente a mi abuelo Marcelino y tal vez haya alguien que desee escuchar su gran historia para hacer una novela, una buena novela, como bien dice Ud., se merece el gran abuelo don Marcelino.

Finalmente qué certero fue Ud. al preguntar '¿y qué hay de sus otros tíos Vargas?'. Pues aquí están, se los presento, algún parecido con Mario por ahí les brota, esperemos a ver si el destino desea ese reencuentro, como Ud. muy bien dice en su ensayo. Quizás tal vez se haga" ■

Marco Aurelio Denegri

CÉSAR HILDEBRANDT

Veo a Marco Aurelio Denegri, que es todo un espectáculo. Pero sobre todo, escucho a Denegri.

Y lo veo y me veo de algún modo. Porque ambos somos anacrónicos. Ambos venimos de una clase media que quería ser más leyendo, viendo buen cine, frecuentando alguna música.

Esa clase media y ese país han fallecido. Y por eso de repente Marco Aurelio tiene ese aspecto de enterrador y lo que dice viene del pesimismo y se dirige casi, derecho, a la melancolía.

Porque Denegri defiende un idioma que ya nadie habla y comenta libros que muy pocos leen y cita a autores remotísimos para las grandes mayorías. Y, además, no cree en el amor romántico y huye de la sensiblería como si de un incendio se tratara.

¿De dónde ha salido Denegri?

Del Perú que pudo ser, de lo que fuimos. De ese país que habría sido si a Sebastián Salazar Bondy lo hubiesen respetado y a Porras homenajearlo y a More bien pagado.

¿Hubiera sido mejor el país que Denegri encarna y este columnista extraña hasta la rabia?

No lo sé. Lo que sí sé es que prefiero un millón de veces ese país espectral del nunca jamás, donde Denegri no llega ni a 1 punto de rating, que el Perú en el que ser ignorante es casi un requisito laboral.

Denegri es un sexólogo eminente, un inexplicable amante de la lidia de gallos y un presunto amante de la autosatisfacción, pero es también uno de los últimos humanistas que nos quedan.

El horizonte de su curiosidad intelectual no parece tener límites y su trácunda erudición gramatical no sabe de paciencias. Y lo mejor de todo es su amor por la precisión y la sobriedad con la que se manifiesta.

A mí lo que más me sorprende de este hombre admirable es su tenacidad. No sé cuántos años tiene —me da vértigo imaginar su edad—, pero allí está, sólido como una roca, corrigiendo, enseñando, provocando, riéndose de lo risible y demostrando que la televisión también puede servir para elevar el nivel de la gente.

De hecho su programa es una extravagancia y él parece salido de una señal extragaláctica. Algo así como si el Canal 7 quisiera que nos olvidáramos de la zafiedad de su programación, de su humor vomitivo y de su tundete de mentiras oficiales bendiciéndonos este banquete de sabiduría.

Hace poco murió Leopoldo Chiappo y pocos, muy pocos, lo lamentaron. En México —ya no digo España— Chiappo habría sido una estrella intelectual. Su conocimiento del Dante, por ejemplo, merecía todos los homenajes que no le dimos en vida y que le negamos a su muerte.

Y es que entre Chiappo y Chacalón, los medios, hace rato comprometidos en la conspiración de embrutecer, ya eligieron. Y no es que Chacalón sea despreciable. Es que la gran prensa y la gran televisión consideran que Chiappo y Chacalón no caben juntos en una página o en un programa.

Y de tanto Chacalón excluyente hemos mutado y somos este país que vota tapándose la nariz, exporta piedras y se cree, como decía Macera, la Austria sin Salzburgo de esta región.

Acabo de recordar a Macera, con el que fui tan duro. Ahora no dudo en decir que Macera se merecía más matices que vitriolo.

Porque a Macera el Perú no le dio nada sino un sueldo de pellejería. Y siguieron dándole nada y desprecio y menos que nada en esa cueva asaltada por Sendero que era San Marcos. Y por eso Macera se volvió fujimorista furtivo, que era una manera de acabar consigo mismo, de romper con la farsa de nuestra "intelligentsia" y de cobrar una pensión mejorada. O sea de "integrarse" perdiendo la integridad.

Recordando a Macera admiro más que nunca a Marco Aurelio Denegri. Que sigue siendo él mismo sin atenuantes. Que sigue siendo él en un país donde ser y seguir siendo es una hazaña ■